EL LIBRO RECOMENDADO

ANDREAS MALM, *EL MURCIÉLAGO Y EL CAPITAL. CORONAVIRUS, CAMBIO CLIMÁTICO Y GUERRA SOCIAL*, ERRATA NATURAE, 2020, MADRID

Jordi Roca Jusmet, Universidad de Barcelona

Este libro, del investigador y activista sueco Andreas Malm, es la traducción de *Corona, Climate, Chroonic Emergency,* publicado a los pocos meses de declararse la pandemia de la COVID-19. Su enfoque es de ecología humana o ecología política. Se trata de un libro de respuesta urgente frente a la pandemia, pero que sorprende por su capacidad de análisis y por su gran documentación, con centenares de notas en las que se detallan las fuentes consultadas.

El trabajo empieza con una pregunta sencilla pero muy interesante y que ocupa el primer capítulo. La cuestión es que la crisis de la COVID-19 apareció de forma inesperada y llevó a una fuerte respuesta por parte de muchos Estados, con medidas extraordinarias de confinamiento y de paralización de actividades consideradas «no esenciales», de forma que «el capitalismo tardío y su business as usual jamás habían quedado en suspenso hasta tal punto» (p. 12); en contraste, el cambio climático,

tan estudiado durante décadas y tan presente en el debate público, no ha llevado nunca a unas políticas ni siquiera comparables en su contundencia.

Las razones de este contraste no las podemos situar ni en la menor gravedad ni en un menor conocimiento científico del problema del cambio climático ni mucho menos en no saber qué hacer frente a este problema, ya que la respuesta es clara: reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

La explicación de este contraste se encuentra principalmente en cuestiones de velocidad y de espacio. Respecto a lo primero, los efectos de no actuar frente a la pandemia en términos de mortalidad y potencial colapso de los sistemas sanitarios se pueden percibir en semanas, mientras que los efectos de disminuir ahora las emisiones de gases de efecto invernadero

se percibirán principalmente décadas más tarde. Por lo que respecta a la cuestión espacial, la pandemia se presta más a una respuesta nacionalista: restringiendo movilidad y actividades y cerrando fronteras se protege principalmente a la propia población y solo en muy segundo término al resto de la población mundial. En cambio, los beneficios de las acciones de un país para reducir las emisiones que causan el cambio climático son más genuinamente globa-

les, afectando a todos los países independientemente de cuáles sean sus esfuerzos para mitigar las emisiones.

La comparación entre la

COVID-19 y el cambio climático
es en realidad, según el autor,
como comparar «la biografía
de una persona con una hora
en la vida de otra» (p. 35), o,
aplicando un símil bélico (de
los cuales creo que se abusa

a lo largo del libro), es como

bala» (p. 105).

«comparar una guerra con una

Ya al final del primer capítulo, y a lo largo del segundo, el más largo e interesante en mi opinión, se produce un giro en el argumento. Casi se podría decir que el autor se corrige a sí mismo, adoptando un cambio de perspectiva. La comparación entre la CO-VID-19 y el cambio climático es en realidad, según el autor, como comparar «la biografía de una persona con una hora en la

vida de otra» (p. 35), o, aplicando un símil bélico (de los cuales creo que se abusa a lo largo del libro), es como «comparar una guerra con una bala» (p. 105). Se trata de un error de categoría, porque lo que hay que comparar es el cambio climático que aumenta los fenómenos extremos con la tendencia a largo plazo de aumento de la probabilidad de las zoonosis o transferencias zoonóticas.

Las zoonosis se caracterizan por la transmisión de un patógeno a los humanos desde otra especie animal que hace de reservorio y convive con dicho patógeno, sea directamente o mediante otro animal que hace de intermediario en dicha transmisión. Malm argumenta convincentemente que «la COVID-19 es una manifestación de una tendencia a largo plazo y paralela a la crisis climática, una enfermedad global de la magnitud del calentamiento global. En marzo de 2020,

los activistas insistían en recordar que, cuando esta enfermedad desaparezca, la Tierra seguirá calentándose y enviándonos otras calamidades. Y aunque eso es cierto, claro, cuando esta enfermedad se agote, la Tierra también seguirá enviándonos otras plagas: nada indica que la COVID-19 vaya a ser la última, dado que la tasa de interacción entre la economía humana y casi todas las especies reservorio potenciales aumenta de manera abrupta, impulsada por las mismas fuerzas que desatarán la inexorable sexta extinción masiva» (cursivas en el original p. 105-106).

Las medidas contra la COVID-19, sean confinamien-

Las medidas contra

la COVID-19, sean

vacunaciones, son medidas

para hacer frente a las

consecuencias, pero no

afectan a las causas

socioeconómicas de la

de la misma forma que

proliferación de zoonosis,

enviar bomberos a apagar

un incendio o desalojar la

población ante un tornado o

elevar diques de contención

que no afectan a las causas

de las aguas son medidas

socioeconómicas del

cambio climático.

confinamientos o

tos o vacunaciones, son medidas para hacer frente a las consecuencias, pero no afectan a las causas socioeconómicas de la proliferación de zoonosis, de la misma forma que enviar bomberos a apagar un incendio o desalojar la población ante un tornado o elevar diques de contención de las aguas son medidas que no afectan a las causas socioeconómicas del cambio climático. Aplicando el lenguaje habitual de las políticas frente al cambio climático (que Malm no utiliza en el libro), todos estos ejemplos son de políticas de adaptación y no de mitigación.

El libro recuerda que ha habido muchas advertencias científicas, por ejemplo, en un artículo aparecido en 2008 en Nature en el que se advertía de que las enfermedades infecciosas habían «aumentado significativamente con el paso

del tiempo» (nota 5 de la página 51). Son muchos los ejemplos de zoonosis en los últimos tiempos, entre ellos el VIH, el zica, el ébola, el SARS o el MERS; los dos últimos son, como el SARS-CoV-2 de la actual COVID-19, coronavirus que se consideran transmitidos desde los murciélagos con la intermediación de alguna otra especie animal. Las especies de murciélagos son especialmente relevantes como reservorios de patógenos por sus características de tolerancia única a los virus y sus características de mamíferos voladores y muy gregarios. (Digamos, aunque sea entre paréntesis, que no es el del todo descartable que el SARS-CoV-2 se propagase a partir de una fuga en el laboratorio biológico de Wuhan; una hipótesis tanto o más inquietante que la de la transmisión «natural»).

Estos fenómenos se ven particularmente favorecidos por la deforestación en zonas tropicales. En palabras de la apasionada prosa del autor: «De no ser porque la economía humana ataca la naturaleza salvaje sin tregua, invadiéndola, recortándola, despedazándola, destruyéndola con un fervor que raya las ansias de exterminio, estas cosas no ocurrirían. Los patógenos no pasarían a nuestro cuerpo; seguirían viviendo plácidamente en sus huéspedes naturales. Pero cuando se acorrala a sus huéspedes, cuando se los estresa, expulsa y mata, los virus solo tienen dos opciones: extinguirse o transmitirse» (p.52). La propia pérdida de biodiversidad podría agravar las cosas, según la hi-

dores de la transmisión zoonótica.

pótesis de que disminuye el «efecto dilución» al desaparecer o disminuir especies que hacen de amortigua-

El principal factor de deforestación y fragmentación de las zonas selváticas es la conversión del suelo para obtener diferentes productos (como las plantaciones de soja o de aceite de palma o las superficies de pasto para ganado o los productos madereros...). La minería o la extracción de petróleo son también causas importantes del fenómeno. Con la separación espacial entre los lugares de extracción de los productos y los lugares de consumo se da lo que Malm llama -utilizando un término difundido por la economía ecológica- «intercambio ecológicamente desigual»; también utiliza el término «huella» de ocupación de suelo y de pérdida de biodiversidad. Los ricos consu-

men los productos y los pobres reciben los impactos ambientales, aunque estos impactos también pueden a veces repercutir, como un boomerang, en la propia población rica, como ha pasado en esta pandemia, en la que el virus viajó principalmente en avión.¹

Cuando se escribía el libro, el epicentro de la pandemia había estado en Europa y luego en EEUU: los ricos son los que más viajan en avión. Esto no es obstáculo para que finalmente (como ya se está viendo) los impactos son mucho más dramáticos cuando la pandemia se extiende por los países pobres, con muchos menores recursos para hacerle frente. Esto es lo que también pasó con el VIH del SIDA y en esto el problema también se parece al del cambio climático.

Otro factor que crea riesgo de zoonosis es la caza de animales salvajes, con la que en otros tiempos se buscaba sobre todo su valor de uso, pero que actualmente se explica principalmente por la búsqueda de su valor de cambio. El comercio de animales salvajes se ha convertido en una industria multimillonaria. La deforestación aumenta las posibilidades de caza, que hace escasear determinados animales, con lo que su precio se dispara y ello puede producir el efecto paradójico de aumentar su demanda, como producto de lujo por parte de los consumidores opulentos à la Veblen. Como ejemplo, el libro nos informa de que un kilo de pangolín (este particular mamífero cubierto de escamas y del que se ha especulado sobre su papel como animal intermedio en la transmisión del SARS-

CoV-2 a los humanos) costaba unos doce dólares en el mercado chino en los años 1990s, mientras en 2016 el precio en algunos restaurantes podía llegar a los mil dólares (p. 86).

Malm nos dibuja un escenario de «emergencia crónica» (este es el título del segundo capítulo) en el que se sitúan, junto a otros problemas ecológicos, tanto la proliferación de zoonosis como el cambio climático, dos problemas que tienen muchas relaciones. La deforestación es una de las causas tanto del riesgo de zoonosis como del cambio climático. Hay también una clara interrelación cuando la explotación de petróleo provoca deforestación (sea en Ecuador, en Brasil o en

el Congo) o cuando los cambios climáticos hacen prosperar determinados patógenos; por ejemplo, el libro informa de una hipótesis (no confirmada) de que los coronavirus han prosperado en épocas de mayor sequía. Y, para citar otro ejemplo, la ganadería intensiva también puede ser un factor clave para la transmisión zoonótica, como se piensa que pasó con el virus Nipah en Malasia en 1998, en el que la transmisión habría ido desde los murciélagos a las granjas de cerdos y de éstas a los humanos.

En definitiva, «la época del Capitaloceno (Malm prefiere este término al de Antropoceno) se caracteriza por la aceleración descontrolada en la producción de amenazas naturales» (p.131). Por tanto, la izquierda no debería quedarse en denunciar que la COVID-19 afecta muy desigualmente según clases sociales o en que las políticas de recorte de los gastos sanitarios han agravado mucho las cosas en determinados países, sino que también debería denunciar las causas que favorecen las amenazas «naturales».

En el tercer y último capítulo, el más político, se empieza repasando la que seguramente es la principal corriente de marxismo ecológico, la que se inspira en el trabajo del hace pocos años fallecido James O'Connor, editor de la revista *Capitalism, Nature and Society*, que se publica desde 1998. O'Connor integró las cuestiones ecológicas introduciendo el concepto de «segunda contradicción del capitalismo». La primera contradicción, derivada del conflicto capital-trabajo, sería el problema de la sobreproducción, según el cual -con una tasa de explotación demasiado

elevada- el mercado no podía absorber toda la producción; el problema se puede ocultar elevando el crédito, pero ello acaba creando inestabilidad financiera. La segunda contradicción estaría en que el capitalismo destruye sus propias condiciones de producción al poner en riesgo las condiciones naturales en las que se desarrolla: las relaciones de producción y las fuerzas productivas tienden a «autodestruirse, dañando o destrozando sus propias condiciones en vez de reproducirlas» (cita de O'Connor en el libro reseñado, p.163). Esta segunda contradicción se manifestaría en un aumento de costes y ello generaría crisis económicas.

Por tanto, la izquierda no debería quedarse en denunciar que la COVID-19 afecta muy desigualmente según clases sociales o en que las políticas de recorte de los gastos sanitarios han agravado mucho las cosas en determinados países, sino que también debería denunciar las causas que favorecen las amenazas «naturales».

A la sugerente teoría de O'Connor pueden hacérsele, en mi opinión, algunas objeciones o, como mínimo, matizaciones. Por lo que respecta a la contradicción entre capital y trabajo, las crisis pueden provenir no solo de la sobreproducción (como en gran parte pasó en EEUU en 2007-2008), sino del aumento de costes salariales debido a las reivindicaciones del movimiento obrero. Por lo que respecta a la segunda contradicción, no queda claro -y esto sí lo señala Malm- cuál es el mecanismo que traduce degradación ambiental en aumento de costes. La realidad es que la degradación ambiental puede aumentar los costes en algunos casos (por ejemplo, agotamiento de recursos naturales seguido de aumento de precios), pero no debe infravalorarse la capacidad del capital de ganar dinero en muchos lugares y durante mucho tiempo en medio de la degradación ambiental o incluso de convertirla en oportunidad de nuevos negocios (por

ejemplo, reconstruyendo lo destruido por los fenómenos climáticos extremos). Esta crítica fue formulada por John Bellamy Foster, quien representa otra línea de «marxismo ecológico» en las páginas de la famosa revista estadounidense *Monthly Review*.

Para Andreas Malm, «el mecanismo que convirtió la COVID-19 en una crisis capitalista (...) fue la intervención del Estado capitalista en un momento de autonomía relativa: los Estados ordenaron el confinamiento. Los Estados velaron porque se detuvieran la producción y el consumo "no esencial".

Así pues, parece que el Estado puso en marcha la segunda contradicción al proteger unas condiciones de fondo en riesgo; en este caso, la integridad física de productores y consumidores» (cursivas en el original, p.164-165), pero con ello también desencadenó una crisis de demanda: «la bala con la que el capitalismo se disparó en el segundo pie lo ha atravesado para incrustarse también en el primero: el sistema nunca había estado tan postrado» (p.165). El cambio climático podría llevar a un resultado similar, al agravarse sus efectos en una cadena de catástrofes, pero esto, de momento, no se ha producido.

Lo que resta del capítulo 3 es, en mi opinión, más disperso e incluye críticas tanto a la socialdemocra-

cia, que piensa que unas lentas reformas del sistema son suficientes, como al anarquismo, que entiende que no hace falta tomar el poder para evitar el desastre. Sí cree que políticos como Jeremy Corbyn en Gran Bretaña o Bernie Sanders en Estados Unidos —de haber llegado al poder— podrían haber convertido la crisis en una oportunidad para romper con el business as usual. Y también valora muy positivamente la política de los gobiernos de Lula en Brasil, como un ejemplo de actuación estatal para revertir los procesos de deforestación, en agudo contraste con lo que luego pasó con Bolsonaro. Reivindica la prohibición de la importación de animales salvajes y también plantea —lo cual me resulta bastante sorprendente— su confianza en que el Estado podría crear a gran escala máquinas que funcionasen «como aspiradoras, atrapar el CO₂ y sacarlo de circulación, como si fuese una no mercancía (o incluso una antimercancía)» (cursivas en el original, p.199).

Reivindica la prohibición de la importación de animales salvajes y también plantea —lo cual me resulta bastante sorprendente— su confianza en que el Estado podría crear a gran escala máguinas que funcionasen «como aspiradoras, atrapar el CO₂ y sacarlo de circulación, como si fuese una no mercancía (o incluso una antimercancía)».

En cualquier caso, el autor insiste en la necesidad de cambios revolucionarios con la toma del poder y se caracteriza a sí mismo como «leninista ecológico». No en vano este tercer capítulo se titula «comunismo de guerra» y en su última parte lo que más abundan son citas de Lenin (y también algunas de León Trotski y Rosa Luxemburgo). La comparación de la situación actual con la de la revolución rusa suena bastante forzada y el autor la intenta justificar como una forma de destacar la situación de extrema urgencia en la que nos encontramos. Ahora bien, cómo salir de dicha situación sigue siendo una pregunta abierta, especialmente porque estamos hablando de problemas globales. Podemos, sin embargo, pensar, con el autor, que los movi-

mientos sociales tienen un enorme papel a jugar.

En definitiva, un libro en mi opinión algo desigual, pero absolutamente recomendable en estos tiempos de pandemia.